

GUTIÉRREZ DE ALBA, JOSÉ MARÍA (1821 – 1897)

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

(Leyenda histórica)

*A mi ahijado, el estimable e inteligente joven D. Antonio Pérez Orrantia*

## INTRODUCCIÓN

Las Sombras de la edad media  
Con su manto aún envolvían  
La Europa, que se agitaba  
Por luz nueva y nueva vida.

Los sectarios de Mahoma  
Por su mal perdido habían  
Con el cetro de las ciencias  
Su preponderancia antigua.

Ya de Córdoba ahuyentados  
Los opulentos Califas,  
Al musulmán no quedaba  
De sus extensas conquistas  
Sino un rincón limitado  
En la bella Andalucía,  
De donde al cabo lo arroja  
De Cristo la humilde insignia.

Roma se hace omnipotente;  
Al mundo sus leyes dicta,  
Y la conciencia aprisiona  
Con fuerzas tan excesivas,  
Que entre la fe y las hogueras  
No hay ya un medio que se admita.

El entendimiento humano  
En círculo estrecho gira,  
Y hace tímidos esfuerzos,  
Siempre ocultando sus miras,  
Por romper la férrea valla

Con que su vuelo limitan.

Esclavas del fanatismo  
Las artes, sólo se miran  
Como medios indirectos  
Que lo obedezcan y sirvan.

No hay ya ciencia cultivada  
Fuera de la teología,  
Ni más porvenir que el claustro,  
Ni más libros que la Biblia,  
Y esa interpretada siempre  
Con restricciones mezquinas.

Tal era de Europa entonces  
La moral fisonomía,  
Cuando un hombre se presenta  
Con la idea peregrina  
De que hay allende los mares  
Regiones desconocidas,  
Donde entre flores y aromas  
Humanos seres habitan;

De que la tierra no es plana  
Como algún iluso afirma;  
Que el planeta es habitable,  
Y no hay barreras que impidan  
Recorrer su superficie  
Con la brújula por guía;  
Que el temor es un fantasma  
Y el non plus una mentira.

A tales proposiciones,  
Con firmeza sostenidas,  
La ciencia se ensoberbece  
Y los teólogos gritan  
Que el hombre aquél está loco  
Y su absurda teoría  
Es delirio de su mente  
Por el orgullo engreída,  
O es una impiedad notoria  
Y una tremenda heregía.

Al hombre que ofrece un mundo  
Todos con desprecio miran;  
Pero él conserva el aliento

Que la convicción inspira.

Cuando todos le abandonan,  
Una mujer noble y digna  
Su real apoyo le presta;  
Los mares surcan las quillas  
Y un Nuevo Mundo aparece,  
Que la humanidad admira,  
Y el loco, triunfante, deja  
La ignorancia confundida.

I

No bien el gran Colón demostró al mundo,  
Con su admirable genio y con su audacia  
La existencia de pueblos apartados  
Y ocultos aún entre la niebla vaga  
En que el humano espíritu se agita  
Cuando el instinto y la razón batallan,  
Legiones de fogosos adalides,  
Que el ocio de sus armas lamentaban,  
Rendido el estandarte del Profeta  
en los altivos muros de Granada,  
Lanzáronse al indómito Océano  
Ansiosos de aventuras y de fama.

La gloria del intrépido marino  
Era en todas las lenguas celebrada,  
Y a proseguir su estela luminosa  
Corazones heroicos se aprestaban,  
Como los astros que, a su sol siguiendo,  
Recorren las esferas planetarias.

La fiebre de lo incógnito ardorosa  
Por ideales sueños exaltada;  
La aparición de espléndidos verjeles,  
Ríos profundos, deliciosas playas,  
Bosques de dulce brisa y sombra eterna,  
Tierras de oro y de perlas esmaltadas,  
Amorosas mujeres que los brazos  
A las caricias del amor brindaban;  
El varonil carácter que al ibero  
Presta el valor de su potente raza,  
Todo era un incentivo que al arrojo  
Su aventurero espíritu arrastraba.

En vano los azares de la suerte,  
Para algunos tan pérfida y avara,  
Marchitó con horribles desengaños  
La flor de lisonjeras esperanzas;  
Donde el más esforzado sucumbía,  
Otro la suerte próspera buscaba.

## II

El descubridor de un mundo  
Ya descansaba en la fosa,  
Después de haber apurado  
Del dolor la amarga copa,  
Llena por la ruin envidia  
Y la ingratitud odiosa  
De Fernando, a quien en vano  
Disculpar querrá la historia.

El hijo del Almirante  
Mandaba en la Isla Española,  
Poblada de aventureros  
De alta alcurnia o baja estofa,

Por ser la famosa isla  
Capital de las colonias,  
En ella se proyectaban  
Mil empresas seductoras  
En que el oro iba mezclado  
Siempre a la ambición de gloria.

Ojeda, Nicuesa, Enciso  
Y otros jefes de gran nota,  
Cuyas hazañas eclipsan  
Las fábulas mitológicas,  
Allí aprestaron sus velas  
Para ir a playas remotas,  
Con la espada en una mano  
Y el Evangelio en la otra,  
A conquistar con su esfuerzo  
Tierras para la corona,  
Almas para Jesucristo  
Y para ellos prez y honra.

Mientras Ojeda y Nicuesa,

Víctimas de sus derrotas,  
Andaban tristes y errantes  
Con los restos de sus tropas.  
Acosados por las fiebres,  
Por el hambre asoladora  
Y por las flechas mortíferas,  
Que iracundos les arrojan  
Los que al avaro extranjero  
La altiva cerviz no doblan,  
Sale el bachiller Enciso,  
Hombre de espada y de toga,  
A buscar de Costa-firme  
Las riquezas fabulosas.

Un tropel de vagabundos  
Por todas partes le acosa,  
Pidiendo puesto en la nave  
Que va a entregarse a las ondas:  
Unos, deudores fallidos,  
A quienes el peso agobia  
De acreedores burlados,  
Y huyen hasta de su sombra;  
Otros, tahures de oficio,  
Sin una blanca en la bolsa,  
Con la conciencia embotada  
Y como sus trajes, rota;  
Otros, grandes criminales,  
Dignos de estar en la horca:  
Desertores de galeras,  
Y otros, que a voces pregonan  
Con su cara y con sus hechos  
Sus costumbres licenciosas;  
Gente, en fin, sin Dios ni ley,  
Plaga horrible, asoladora,  
De la sociedad vergüenza,  
De la humanidad escoria.

Para alejar esta plaga,  
Que porfía y que alborota,  
La autoridad interviene,  
Y un barco la nave escolta,  
Hasta que libre de asaltos  
Pueda seguir su derrota.

En alta mar ya navega,  
Cuando arrimado a la borda

Ven un tonel que se rompe,  
Y de sus entrañas brota  
Un hombre joven y apuesto,  
Que tranquilo y sin zozobra  
Con la mirada recorre  
La nave de proa a popa.  
Seis lustros contará apenas  
Y es gallarda su persona;  
Su aventajada estatura  
Y sus atléticas formas  
Singularmente contrastan  
Con su cabellera blonda,  
Sus ojos color de cielo  
Y su tez blanca y hermosa;  
Al cinto lleva una espada  
De ancha y toledana hoja,  
Y su carácter resuelto  
Su franca actitud pregona.

Al ver a aquel personaje,  
La tripulación absorta  
Al bachiller lo presenta,  
Refiriéndole la historia  
De su aparición extraña,  
Que a todos pasma y asombra.

Enciso con faz severa  
Su grave falta le enrostra;  
Y sus quejas y amenazas  
Son tan duras y enojosas,  
Que hacen que el aparecido  
Al fin el silencio rompa.

-«Señor, le dice, he tomado  
Resolución tan heroica,  
Por seguir vuestra bandera  
Y para salvar mi honra.

Soy un hidalgo extremeño;  
Trájome a la Isla Española  
El afán de hacer fortuna,  
Lo cual no logré hasta ahora,  
Porque navegué sin rumbo  
En empresas desastrosas.

Mancebo y enamorado,

Gasté, reñí; mi tizona  
Derramó sangre; mis deudas  
Y mi conducta me estorban  
Vivir en paz en la Isla;  
Valor y fuerzas me sobran  
Para seguir vuestra suerte:  
Si ella fuere venturosa,  
Mi ardid no habrá sido inútil  
Mas, si nos fuere traidora,  
No abandonaré mi puesto;  
Y ya en la mar borrascosa,  
Ya en la selva solitaria  
O entre las tribus indómitas,  
Sucumbirá a vuestro lado  
Vasco Núñez de Balboa.

### III

Pintan ciega a la fortuna,  
Y la experiencia demuestra  
Que tienen razón sobrada  
Los que la pintaron ciega.

No siempre el valor heroico  
Victoria segura cuenta,  
Ni planes bien concertados  
Dan buen éxito a una empresa.

Díganlo las aventuras  
Del desventurado Ojeda,  
A quien maltrecho dejaron  
Los Indios de Cartagena;  
Y díganlo las desgracias  
Del intrépido Nicuesa,  
Cuyas huestes numerosas,  
Aguerridas y soberbias  
Fueron bien pronto mermadas  
Por las continuas peleas,  
Por los rigores del clima  
Y las discordias internas.

Cuando el bachiller Encise  
Llegó a las tristes riberas  
Con los recursos que en vano  
Aguardara su colega,

Este abandonado había  
La inhospitalaria tierra.

Los hombres que allí quedaron  
Envueltos en la miseria,  
Esqueletos ambulantes,  
Más bien que soldados eran:  
Su vida, continua alarma;  
Su descanso, estar en vela;  
Sus dominios, el espacio  
De una empalizada estrecha;  
Su palacio, un cobertizo;  
Su alimento, crudas yerbas;  
Sucios harapos, sus galas;  
Y, para colmo de penas,  
Las fiebres que los devoran,  
Los indios que los asechan.

En tan lamentable estado  
nadie a resolver acierta  
El lugar que ha de escogerse  
Para futura vivienda.

Unos opinan que a España  
Es preciso dar la vuelta;  
Otros, que hacia el Sur o el Norte  
Deben buscar otras tierras.

Así todos discutían,  
Sin que nada se resuelva,  
Cuando el joven Vasco Núñez  
Les habló de esta manera:

-«Hace algún tiempo, señores,  
Que visité estas riberas  
Con Rodrigo de Bastidas  
En mi expedición primera,  
y un bello lugar conozco  
Donde las fiebres no reinan,  
Donde el agua es abundante,  
Fertilísima la tierra,  
Rica en víveres y en oro;  
Gentes sencillas la pueblan,  
Que no tienen la costumbre  
De usar veneno en sus flechas.»

Estas razones bastaron  
A resolver el problema,  
Y con risueña esperanza  
Se dan de nuevo a la vela.

En las orillas del Darien  
Lugar oportuno encuentran;  
Hacen toscas enramadas  
Conque una ciudad empiezan;  
Danle por nombre La Antigua,  
Cumpliendo así una promesa  
Que ante una devota imagen (36)  
El jefe en Sevilla hiciera.

#### IV

Apenas instalados  
En la incipiente y pobre ranchería  
Que, por vanidad sólo  
De los que las cabañas edifican,  
Lleva el pomposo nombre  
De ciudad, que conserva todavía,  
Enciso, recorriendo  
Las fértiles comarcas más vecinas,  
De víveres y de oro  
Gran cantidad recoge sin fatigas.

En busca de Nicuesa,  
Antes perdido entre las verdes islas,  
Dos buenos bergantines  
De exploración el bachiller envía.

Propicios y amigables,  
A la ciudad acuden los indígenas  
A cambiar oro y perlas  
por cuentas de cristal y fruslerías.

Excítase en el jefe  
La miserable y sórdida codicia,  
Y a sus gentes prohíbe  
Tratar de una manera clandestina,  
Para adquirir riquezas,  
Sin que el erario su porción reciba.

Los soldados murmuran

De tal orden para ellos depresiva;  
Y como del disgusto  
En un plazo muy breve se camina  
A negar la obediencia,  
Contra el decreto y contra el juez se indignan.

En vano éste reclama  
El fuero de la ley, de la justicia;  
Que en las remotas playas  
A la bárbara fuerza sometidas,  
Otro poder no impera  
Que el que en la audacia y el acero estriba.

De Vasco y de Zamudio  
Que son la autoridad constituida  
En calidad de Alcaldes,  
A quienes sigue el regidor Valdivia,  
Enciso exige en vano  
Para su autoridad desconocida  
Obediencia y apoyo  
Contra aquella traidora rebeldía.

Los tres, indiferentes,  
Contemplan el motín, si no lo agitan;  
Y al fin éste, triunfante,  
Depone al jefe; entre cadenas míseras  
A una prisión lo arrastra;  
Sus tesoros espléndidos confisca,  
Y por merced y ruegos  
La libertad le otorgan con la vida.

Encontrado Nicuesa  
A la colonia turbulenta arriba,  
Y su poder reclama  
Con notable entereza y energía;  
Pero entre los colonos  
Sólo provoca su furor a risa,  
Y de allí lo rechazan  
Con el desdén que la impotencia inspira.

El infeliz caudillo  
Clama, pero su voz ya no es oída;  
Y con su frágil barco  
A la Isla Española se encamina,  
Sin sospechar que el piélagos iracundo,  
Va a sepultarlo en su tremenda sima,

## V

Carácter franco y resuelto,  
Valor de infortunio a prueba,  
Juventud llena de bríos,  
Noble audacia, hercúleas fuerzas,  
Escaso amor a la vida  
y menos a las riquezas,  
Sencillez en las costumbres,  
Ambición de gloria inmensa,  
Constancia hasta el heroísmo,  
Fe inquebrantable en su estrella,  
Sobriedad en la fortuna,  
Ambición en la suerte adversa,  
perspicacia en los combates,  
En las victorias prudencia,  
Dignidad sin necio orgullo,  
Humildad sin ser bajeza,  
Sonrisa afable en los labios,  
Palabras siempre discretas,  
Levantados pensamientos  
Y un alma grande y serena,  
Eran todas cualidades  
Que en público y sin reserva  
En Vasco Núñez hallaba  
La colonia casi entera.

Lejos de allí para siempre  
El bachiller y Nicuesa,  
Por jefe todos lo eligen  
Y le juran obediencia,  
Fundando en él la esperanza  
De su futura grandeza

Ya el poder asegurado,  
Fue su primer diligencia  
Mandar a España a Zamudio  
Con oro abundante y perlas,  
Razones muy poderosas,  
Para que allí lo defienda.

Igual misión da a Valdivia,  
A fin de que con cautela  
Le busque en la Isla Española

Opinión, apoyo y fuerzas;  
En lo cuál Vasco probaba  
Tener muy grande experiencia  
Y viva fe en el proverbio:  
«Dádivas quebrantan peñas.»

## VI

En el nuevo ejercicio de su empleo  
Ansioso Vasco Núñez deseaba  
Probar que era tan útil para el mando  
Gomo para el manejo de las armas.

He aquí lo que, pensando en lo futuro,  
Consigo mismo en su interior hablaba:

-«Si logro osado conducir mi gente  
A las ricas y espléndidas comarcas,  
Donde el metal precioso encontrar pueda  
Sin grave exposición y en abundancia;  
Si en breve plazo remitir consigo  
Oro en gran cantidad, que satisfaga  
A la corte española y al Consejo,  
Tengo ya mi fortuna asegurada,  
Aunque una sedición sea el origen  
De este poder que entre mis manos se halla;  
Poder que, por el oro sostenido,  
Inclinará a mi lado la balanza.»

Causábale inquietud la escasa gente  
Allí dispuesta para empresas magnas,  
Y pensar que el retorno de Valdivia  
Largo tiempo quizás necesitaba.

Resuelve entonces enviar sus velas,  
por ver si en la colonia desgraciada,  
que en el Nombre de Dios fundado habían,  
Algunos restos míseros hallaban.

Los pocos infelices que quedaron,  
Perdida ya del todo la esperanza,  
Elevaban al cielo sus clamores  
Y de su vida el término anhelaban.  
Mas cuando el bergantín llegó a la costa,  
Al ver a sus valientes camaradas,

Que con amor los brazos les tendían  
Y sabroso alimento les brindaban,  
Súbito su honda pena y su amargura  
En inmenso placer vieron trocadas;  
Que no hay dicha mayor que un bien que llega  
cuando ya recibirlo no se aguarda.

Al regresar la nave hacia La Antigua,  
Navegando muy cerca de la playa,  
Vieron dos indios que con grandes voces  
Y en castellano puro los llamaban.

Causoles grande asombro aquel lenguaje,  
Al verlos con sus flechas y su aljaba,  
Desnudos y pintados, cual solían  
Los individuos de las tribus bárbaras;  
Mas, al verlos a bordo, comprendieron  
Que eran dos hombres de española raza,  
Que, por salvar la vida, las costumbres  
Del salvaje adoptaron sin tardanza.

La tribu entre la cual se confundieron  
Era de manso instinto, hospitalaria,  
Y su jefe el intrépido Careta  
De justo y gran prestigio disfrutaba  
Por su rudo valor en los combates  
Y en la paz su clemencia extraordinaria.

Recibió Vasco Núñez el refuerzo,  
Que la velera nave le llevaba,  
Con placer indecible, y sobre todo  
Por aquellos intérpretes, que hablaban  
El dialecto de algunas de las tribus  
Que tenían su asiento en la comarca.

Los dos le refirieron que el cacique,  
Que amparados los tuvo en su morada,  
Gran cantidad de víveres y de oro  
En su nativo pueblo conservaba;  
Que el llegar desde allí a su residencia  
Era cosa, a lo más, de una semana,  
que el botín de guerra merecía  
Emprender sin demora la jornada.

¡Horrible ingratitud! conducta aleve  
La de aquellos dos hombres, que pagaban

Con ofensa cruel los beneficios  
Del que les dio su apoyo en la desgracia.

¡Y llamaban salvaje a aquel guerrero!  
¡Y ellos su ilustración preconizaban!  
¡Qué sangriento sarcasmo de la fuerza!  
¡Qué contraste entre el hecho y las palabras!

.....

Con ciento y treinta hombres escogidos  
Y aquellos dos ingratos, que guiaban  
La numerosa hueste, Vasco Núñez  
Se encamina animoso a la comarca  
De Coiba en que Careta residía.  
Muy ageno del mal que le amagaba.

Sin hallar resistencia, el pueblo invade  
Gamboa con sus fuerzas ordenadas,  
Y el cacique contento lo recibe  
Y con pródiga mano lo regala.

Hácele Vasco Núñez la exigencia  
De que víveres lleve en abundancia  
Para dar alimento a la colonia,  
Y como a ello Careta se negara,  
Pretextando escasez en sus dominios,  
Uno de los dos guías se adelanta  
Y al caudillo español dice en reserva:  
Que, fingiendo creer en la palabra  
Del indio, satisfecho se retire,  
Y que a la noche de improviso caiga  
Sobre el pueblo dormido y descuidado,  
Y así verá qué víveres no faltan.

El plan, cual fue ideado, se ejecuta;  
al regresar, entre las sombras vagas,  
Queda el pobre cacique prisionero  
Con todos los que fieles lo acompañan.

En vano son las súplicas fervientes,  
En vano los lamentos y las lágrimas  
Para aplacar al español guerrero,  
Que un enojo profundo simulaba,

Careta entonces, con acento triste  
Pero con voz segura y reposada,  
Ante el caudillo ibero así se expresa,

Haciendo que traduzcan sus palabras:

-«Si eres hijo del cielo, como dicen,  
Escucha, por piedad, mi queja amarga,  
Y examina después nuestra conducta,  
Y nuestro mutuo proceder compara.

Tú y tus gentes aquí sois extranjeros;  
Al llegar a las puertas de mi casa,  
De par en par las abro como amigo;  
Con buena voluntad y sin tardanza  
En ella os doy reposo y alimento.  
¿Puedes algún delito echarme en cara?

¿Por qué entonces, oculto y a deshora,  
Y en ademán hostil mi pueblo asaltas?  
¿Por qué con mis mujeres y mis hijos  
Prisionero de guerra me declaras?  
¿Por qué, si vales más, no eres más justo,?  
¿Acaso obrar así tu ley te manda?

Déjame en libertad. Cuanto poseo,  
Cuanto las gentes de mi tribu guardan  
De hoy más es para ti. ¿Viveres quieres?  
Pues viveres tendrás en abundancia.

Sellemos hoy nuestra amistad perpetua,  
Si mi amistad te place; y al sellarla,  
La prenda te daré que más estimo.

Y asiendo de la mano a una zagala  
Que en humilde actitud ante el cacique  
Obediente se postra y resignada,

-Toma esta joven, dice conmovido;  
Es mi hija predilecta; en tu compañía  
Llévala a tu servicio; ámala mucho;  
Y nuestra noble sangre, así mezclada,  
Vínculo eterno entre nosotros sea,  
Igual que en la fortuna en la desgracia.

Miró Balboa a la doncella india,  
Cuya actitud modesta, realzada  
por todos los encantos juveniles,  
poderosa impresión causó en su alma.

Tomando a la doncella de la mano,  
Dijo al cacique: -«Acepto tu alianza;  
Eres ya libre; mi amistad te ofrezco  
Como la tuya invariable y santa;  
Tus amigos, desde ahora, mis amigos  
Serán también; y si enemigos hallas.  
Vengaré tus ofensas como mías  
Con el tajante filo de mi espada.  
En la paz y en la guerra, unidos siempre;  
Y esta inocente joven, cuyas gracias  
Hacen más meritorio su recato,  
Con respeto y amor será tratada,  
Y con la misma fe que me la entregas  
La haré ante Dios mi esposa, no mi esclava.

## VII

Cuando ya ostentó la aurora  
Sus primeros resplandores,  
Tiñendo de oro y de grana  
Los más empinados montes,  
En Coiba alumbró una escena  
Digna del mármol y el bronce.

Estrechamente abrazados  
Indígenas y españoles  
Con júbilo celebraban,  
(Cosa no vista hasta entonces),  
La amistad de aquellos jefes,  
Ambos hidalgos y nobles,  
Que, aunque de razas distintas,  
Recordaban que eran hombres.

Después de un frugal convite,  
En que las viandas mejores  
A los huéspedes sirvieron  
Con francas demostraciones,  
A la ciudad se encaminan  
Satisfechos y en buen orden.

Más de cien indios cargados  
Van de ricas provisiones,  
Y del oro, que de ofrendas  
Voluntarias se recoge.

Careta a su hija acompaña  
Con sus fieles servidores  
De la tribu, que tal honra  
Estiman y reconocen.

Cuando a La Antigua llegaron,  
Vasco Núñez corresponde  
Al obsequio recibido;  
Y, porque los indios formen  
Idea de su grandeza,  
Muestra sus embarcaciones  
Ricamente empavesadas;  
Hace escuchar los acordes  
De la música guerrera,  
Y disparar sus cañones,  
A cuyo ronco estampido  
De temor se sobrecojen.

Después de un estrecho abrazo,  
En que las lágrimas corren  
De hija y padre, confundiendo  
En ellas sus corazones,  
Careta a sus pueblos torna,  
Donde en su noticia ponen  
Que ponen, jefe enemigo,  
Al son de los atambores  
Reúne muchos guerreros  
Con hostiles intenciones,  
Jurando tomar venganza  
De él y de los españoles.

Vasco Núñez la noticia  
Recibe de estos rumores  
Por los indios que de nuevo  
Van a llevar provisiones.

Ochenta hombres esforzado  
Entre los suyos escoge,  
Y a defender a su amigo  
Veloz como el viento corre.

## VIII

En un bergantín ligero  
Vasco Núñez de Balboa

Arriba pronto a las playas  
de los dominios de Ponca,  
Sale el indio a la cabeza  
De sus aguerridas tropas,  
Y es tan grande el entusiasmo  
Con que a combatir se arrojan,  
Que ni a las espadas temen,  
Ni el arcabuz los asombra.

¡Nubes de flechas despiden  
Que en los escudos se embotan;  
Sus gritos el aire atruenan;  
Su voz estridente y ronca  
En las selvas se repite  
Y los ecos las retornan.

El plomo hace horrible estrago  
Entre las compactas hordas,  
Mientras que el tajante acero  
Desnudas carnes destroza.

Los más fuertes de la tribu  
Grandes pelotones forman,  
Y con su violento empuje  
A los contrarios acosan.

Ya con la indígena sangre  
Corre la Sangre española,  
Tiñendo la blanca arena  
De infinitas manchas rojas,  
Y los cadáveres cubren  
El campo en inmensa alfombra,

El último esfuerzo intentan  
Ya con insistencia loca;  
Mas, viendo a los extranjeros  
Cubiertos de férrea cota,  
Que ante el número no ceden,  
Ni sus filas se aminoran,  
Por seres invulnerables  
Los juzgan; miedo les cobran,  
Y, huyendo despavoridos,  
Arcos y flechas arrojan  
Y cuantos objetos llevan  
Que para la fuga estorban.

Fue el pánico tan horrible,  
Y tan grande la derrota,  
Que ni el hogar los detiene,  
Ni sus deudos les importan.

Mujeres, niños y ancianos,  
Al ver cuál los abandonan  
A su suerte los guerreros,  
De la noche entre las sombras  
Huyen, pidiendo un amparo  
A las selvas más recónditas.

Las gentes de Vasco Núñez,  
En jornada tan heroica,  
De muertos y fugitivos  
Inmenso botín acopian,  
Y en el pueblo abandonado  
Su afán de riquezas colman.  
Animosos y triunfantes  
La vuelta dan hacia Coiba,  
Donde Careta, instruido  
De su completa victoria,  
De nuevo los agasaja  
Con fiestas muy suntuosas,  
Mientras que sus protectores  
De las fatigas reposan.

## IX

Cerca de Coiba la pujante tribu  
Del cacique Comagre tiene asiento,  
Tribu que por valiente es reputada,  
Y que puede aprontar tres mil guerreros.

Fama tiene también por las riquezas  
Y la fertilidad de su terreno,  
Donde nunca faltaron provisiones  
Para la dicha y bienestar del pueblo.

Con tan gratas noticias, confirmadas  
Por Careta y sus jefes más expertos,  
Vasco Núñez resuelve visitarlo,  
Y al efecto se envían mensajeros.

Después de descansar algunos días,

Pónense en ordenado movimiento  
Las huestes españolas; Colmenares,  
Famoso capitán, bravo y resuelto,  
Toma de orden del jefe la vanguardia;  
Caretá envía en su acompañamiento  
De sus indios de carga los más fuertes  
Y un grupo numeroso de flecheros.

Cuando supo Comagre la llegada  
Del invicto español, salió a su encuentro  
Con siete de sus hijos, valerosos,  
Inteligentes y ágiles mancebos.

Pasadas las primeras cortesías,  
Promesas de lealtad y mutuo afecto.  
Condújolos Comadre a su morada,  
Que era una especie de pajizo templo  
Con tres naves extensas y anchurosas,  
Bien repartidas en departamentos  
Por tabiques de sólidas cortezas,  
Bejucos y bambúes gigantescos.

Eran unas, despensas bien provistas  
De frutos conservados con esmero;  
Otras, de su familia habitaciones,  
Donde en grato y armónico concierto  
Moraban las esposas del cacique  
Con sus esclavas e hijos pequeñuelos;  
Pero lo más notable que allí había  
Era un extraño y fúnebre aposento,  
Donde en momias se hallaban conservados  
De cien caciques venerables restos,  
Ya con profuso adorno de oro y perlas,  
Ya en ricas mantas de algodón envueltos.

De Vasco Núñez de Balboa al lado,  
Sin cesar admirando al extranjero,  
Iba un gallardo joven, del cacique  
Orgullo y esperanza: el primogénito.

De genio observador, el joven indio  
A comprender llegó por varios gestos,  
La impresión que a sus huéspedes causaba  
El oro que él miraba con desprecio;  
Y para dar al jefe castellano  
Una prueba palpable de su afecto,

Terminado el espléndido convite,  
Dado de aquellos hombres en obsequio,  
El hijo de Comagre se presenta,  
A unos cuantos esclavos precediendo,  
Que en anchas y hondas conchas de tortuga  
Conducen un presente, magno, regio,  
De piezas de oro de distintas formas  
Y de un valor extraordinario, inmenso.

De la casa en el pórtico se hallaban,  
Y, al ver el jefe el asombroso efecto  
Que en todos sus soldados producía  
La vista de aquel oro, en el momento  
Mandó que sin tardar se repartiese,  
Después de separar el tesorero  
El quinto real o parte que al Monarca  
Español le tocaba de derecho.

Vivamente excitada la codicia  
De aquellos hombres rudos y groseros,  
Su parte recibían, la guardaban  
Con ademán desconfiado y fiero,  
Y los ojos fijaban con envidia  
En la ansiada porción del lote ajeno.

Disputa acalorada, interminable,  
Imprecaciones mil y juramentos  
La insaciable ambición manifestaban  
Del altivo y procaz aventurero;  
Visto lo cual, el joven generoso,  
El autor de regalo tan espléndido,  
El salvaje ignorante, que sentía  
La triste humillación de aquellos hechos,  
Adelántase altivo; a la balanza,  
Llena del vil metal, golpe tremendo  
Asesta con el pié, desparramando  
Todas las piezas de oro por el suelo,  
Y con la frente erguida, así les dice:  
«-No corresponde, altivos extranjeros,  
A vuestra condición y a vuestra fama  
Lo que ahora por mis ojos estoy viendo.

¿Merece ese metal tan despreciable  
El afán que mostráis en poseerlo?  
¿Merece abandonar patria y familia,  
Arriesgar la existencia, extraños reinos

Invadir, y turbar la dulce calma  
De los que nunca, en nada, os ofendieron?

Si es tanta y tanta vuestra sed de oro,  
Cese vuestra inquietud, que yo os prometo  
Que lo obtendréis en cantidad tan grande,  
Que sobrepujará vuestros deseos.

¿Veis aquellas montañas elevadas?  
(señalando hacia el Sur siguió diciendo):  
Pues más allá sus claras ondas riza  
Un mar profundo, dilatado, inmenso.

A orillas de ese mar viven naciones  
Cuyos monarcas son tan opulentos,  
Que se sirven del oro, cual vosotros  
Del tosco barro o abundante hierro.»

Emoción tan profunda en Vasco Núñez  
Las palabras del indio produjeron,  
Que el llegar a aquel mar no sospechado  
De entonces fue su solo pensamiento.

Ni el templo de Dobaybá henchido de oro,  
Que allí fijaban los indios cuentos,  
Y que fue una ilusión como El Dorado,  
Y cual la sacra fuente de Juvencio,  
Que del noble Quesada y de Juan Ponce  
Acariciaron los felices sueños;  
Ni las riquezas que con mano pródiga  
Del Darien le brindaba el fértil suelo:  
Ni el poder soberano que ejercía,  
Ni el amoroso y grande y puro afecto  
Que en fáciles beldades encontraba,  
Eran ya un incentivo a su deseo.

Sólo aquel ancho mar desconocido,  
Su famoso y feliz descubrimiento,  
Su espíritu ardoroso preocupaba.  
Unir su nombre a tan glorioso hecho  
Y ser otro Colón, era el resumen  
De su única esperanza y de su anhelo.

En estos pensamientos embebido,  
Llamó aparte al intrépido mancebo;  
Hízole mil preguntas, mil promesas,

Inquirió la distancia, el derrotero  
Que debiera seguir, no los escollos  
Que oponerse pudieran a su esfuerzo,  
Porque no hubo jamás dificultades  
Para la voluntad de firme acero  
Conque aquellos titanes realizaban  
De epopeyas sublimes los portentos.

Oyole entusiasmado el joven indio;  
Pasó del entusiasmo al ardimiento,  
Y díjole por último: «-La empresa  
Es muy difícil y abundante en riesgos.

Dos mil hombres armados cual los tuyos  
Y un jefe de tu arrojo y de tu aliento  
Podrán realizarla, si la suerte  
Su favor no les niega; y pues resuelto  
Estás, según lo indican tus palabras,  
De mi amistad en nombre yo te ruego  
Que con algunas gentes de mi tribu  
Me aceptes como humilde compañero,  
No a compartir tu gloria, sino sólo  
A ser testigo y a admirar tus hechos.»

Asombrado escuchole Vasco Núñez,  
Y por respuesta lo estrechó a su seno,  
Ofreciendo avisarle de antemano,  
Y entre los suyos reservarle un puesto,  
Luego que para empresa tan grandiosa  
Estuviesen ya en orden los aprestos.

X

De regreso Vasco Núñez  
A la ciudad de La Antigua,  
Con oro en grande abundancia  
Y con tan faustas noticias,  
Halló que una carabela  
Al puerto llegado había  
Con algunas provisiones  
Transportadas por Valdivia,

Como éstas eran escasa,  
Y acelerar pretendía  
Su acariciado viaje,

Dispuso nueva partida,  
Em que el mismo mensajero  
Vuelva a la Española isla,  
Con gran provisión de oro  
Y perlas de las más finas,  
A pedir al Almirante  
Recursos, que le permitan  
Acometer la ardua empresa,  
Que es la ilusión de su vida.

De España, en tanto, Zamudio  
Con dolor le comunica  
Que las gestiones de Enciso  
Triunfado en la corte habían,  
Y que la sentencia aguarda,  
Que contra Vasco se expida,  
Para que de su gobierno  
Cuenta ante el Consejo rinda.

El jefe de la colonia  
Siente una profunda herida  
En su corazón abierta;  
Pero en su estrella confía,  
Pensando en que, si al fin logra  
Dar a sus proyectos cima,  
El esplendor de su triunfo  
hará impotente la envidia.

Con escasa gente cuenta;  
Pero es gente decidida,  
y por su franco carácter,  
Casi toda le es adicta.

El tiempo es breve y precioso,  
Y al cabo se determina  
A no perder un momento;  
Y a sus tropas comunica  
El pensamiento grandioso  
que exalta su fantasía.

Los bravos aventureros,  
Que alma bien templada abrigan,  
Todos su ayuda prometen  
Y a salir pronto lo animan.

Escoge ciento noventa

Entre todos los que había,  
Y, armándolos de arcabuces,  
O escudo, ballesta y pica,  
Toma doscientos guerreros  
De las falanges indígenas  
Y algunos perros de presa,  
Que tanto al indio intimidan,  
Y embarcados hasta Coiba,  
Y en Dios fiados, inician  
Un hecho de los más grandes  
Que las historias registran.

## XI

Calculando que los víveres  
Si llegaran a faltarle,  
Pudieran ser un escollo  
Para seguir adelante,  
Decidió dejar en Coiba,  
Para custodiar las naves,  
La mitad de los guerreros  
Resueltos a acompañarle.

Algunos de los soldados  
Se quedan de mal talante,  
Pero obedecen al jefe,  
Que la promesa les hace  
De que el botín que se junte  
Será por iguales partes  
Entre todos repartido,  
Luego que allí regresaren.

De los indios aliados  
En la expedición no salen  
Sino los que necesitan  
Para llevar el bagaje;  
Y por las tierras de Ponca  
Llenos de entusiasmo parten.

Amedrentado el cacique,  
Se oculta en las soledades  
De sus montañas; mas luego,  
De Vasco a invitación sale,  
Y su amistad le promete  
Y le presta auxilios grandes

De víveres y cargueros  
Y guías que le señalen  
Los caminos de las selvas  
Que ellos solamente saben.

Ponca, en reserva, al caudillo  
Da noticias importantes  
Sobre la región que busca  
Y el mar que sus costas lame,  
Y a sus súbditos previene  
Que lealtad sumisa guarden.  
Hechos los preparativos,  
Emprenden luego el viaje,  
Después de rogar al cielo  
Que sus designios ampare.

Poco, sin embargo, avanzan  
Por aquel país salvaje,  
Donde los bosques espesos,  
Los ríos invadeables,  
Las murallas de granito,  
Y los pantanosos valles  
Son otras tantas barreras,  
A veces tan formidables,  
Que casi el valor agotan  
De aquellos rudos titanes.

Los víveres escasean,  
Mas ninguno osa quejarse,  
Por sostenerse a la altura  
De su fama en aquel trance.

Ya de la empinada sierra  
Llegando a la última base,  
Los dilatados dominios  
De un fiero cacique invaden,  
Que, estando en guerra con Ponca,  
Sale el paso a disputarles  
Con los más bravos guerreros  
Que cuenta entre sus falanjes.

Muchos de los españoles,  
Extenuados por el hambre,  
Por el cansancio y la fiebre,  
No sirven para el combate;  
Vasco Núñez cuenta apenas

Con un grupo miserable  
Para luchar con las huestes  
Que amenazan destrozarle;  
Pero resuelto, animoso,  
Su serenidad le vale;  
Y aprovechando el momento  
Que juzga más favorable,  
Los arcabuces dispara,  
Y con el estruendo que hacen,  
Y los indios que sucumben  
Del Plomo al terrible alcance,  
y los perros que acometen,  
Ansiosos, fieros, voraces,  
Lanzando agudos ladridos,  
Pronto el ánimo decae  
De aquella gente espantada  
Ante prodigios que nadie  
Puede explicar, ni comprende  
Como cosas naturales.

Al huir despavoridos,  
Muchos prisioneros caen,  
Que utiliza Vasco Núñez  
Para cargar sus bagajes  
Y para servir de guías  
Por aquellas soledades.

En el pueblo abandonado  
Oro de muchos quilates  
Hallan, que al punto recogen  
En enormes cantidades;  
Y, libres ya de enemigos,  
Logran seguir adelante.

## XII

Aquella larga noche se detienen  
Al mismo pie de la escarpada cumbre,  
Desde la cuál del suspirado Océano  
Las argentadas olas se descubren.

¡Noche de afán! En el cerebro hirviente  
Del activo, incansable Vasco Núñez  
Vagos ensueños de ambición y gloria  
Se agitan, se atropellan y confunden.

La predicción de un sabio nigromante (37)  
Se le presenta como oscura nube;  
De ella un fantasma ensangrentado brota  
Que en rojo manto sus heridas cubre.

Mientras le anuncia un eco que su nombre  
De la inmortalidad al templo sube,  
Lanza el espectro horrible carcajada,  
Se burla de su fe, hiérole y huye.

El héroe se despierta horrorizado,  
Su espada empuña, el estupor sacude,  
Mira en redor, y por la vez primera  
La densa oscuridad miedo le infunde.

Cuando el primer albor de la mañana  
Dora los montes con su tenue lumbre,  
El capitán anima a sus guerreros  
Que, firme el paso, por la loma suben,  
Ansiosos de añadir a sus laureles  
Un hecho grande, que su nombre illustre.

Ya el almo sol a su zenit se acerca:  
El hombre, que a la gloria los conduce,  
Quiere ser el primero que su planta  
Fije del monte en la empinada cúspide.

Se oye la voz de mando, que detiene  
Allí la entusiasmada muchedumbre.  
El jefe asciende sólo... al alto llega...  
Absorto se arrodilla... se descubre...  
Y, extendiendo los brazos adelante,  
¡Gracias, exclama, Oh Dios, que verlo pude!

### XIII

Cuando las tropas llegaron  
Del monte a la enhiesta cima,  
Vasco Núñez de Balboa  
Aún estaba de rodillas.

De placer dos gruesas lágrimas  
Por su faz lentas corrían,  
Y él, trémulo y silencioso,

Y con la mirada fija,  
Contemplaba el horizonte  
Que allá en el mar se perdía.

Dos jornadas más... y tocan  
Las encantadas orillas,  
Donde las perlas y el oro,  
En abundancia infinita,  
Colmar pueden los deseos  
De la insaciable codicia,

Luego que a las playas llegan  
Dan a Dios gracias rendidas;  
Y el descubridor intrépido,  
Con el agua a la rodilla  
Y el estandarte en la mano,  
La espada en el aire agita,  
Y de aquel mar insondable,  
De aquellas frondosas islas,  
De aquellas tupidas selvas,  
De aquella tierra bendita  
Toma posesión, en nombre  
De los reyes de Castilla.

## EPÍLOGO

Del cacique Careta en territorio  
Vese una nueva población alzada.  
Por el protagonista de esta historia,  
Cuando llevó su incomprensible audacia  
Hasta cruzar las mágicas riberas  
Del mar del Sur con naves trasportadas  
Desde la orilla opuesta del de Atlante,  
Al través de las ásperas montañas,  
En fragmentos por hombres conducidos:  
¡Maravilla sublime de constancia!

Acla se llama el incipiente pueblo;  
Pero ¿qué es lo que está pasando en Acla,  
Que nadie cruza sus desiertas calles;  
Que, cerradas sus puertas y ventanas,  
Parece abandonado cementerio?

En medio de su plaza solitaria  
Aquel espanto general produce

Un cadalso que en ella se levanta.  
Sólo turba el silencio algún sollozo  
De un pecho comprimido, que se escapa,  
A pesar del esfuerzo en ocultarlo,  
Para evitar de un monstruo la venganza.

.....

De un arcabuz el estampido suena,  
Y un ¡ay! doliente por do quier estalla.  
¡Es la señal!... Redoblan los tambores;  
Ábrese la prisión, y de ella sacan,  
Entre soldados, que el temor revelan  
En su triste y recóndita mirada,  
Un hombre por cadenas aherrojado,  
Que a paso firme hacia el suplicio avanza.  
A un lado y otro su mirada extiende...  
Nadie... sino la escolta que lo guarda,  
El sacerdote que hacia Dios lo guía  
Y el verdugo que al hombro lleva el hacha.

Sólo un espectador aquella escena  
Espía oculto, devorando en su alma  
El tormento feroz que la destroza,  
De la conciencia el grito que lo espanta,  
Profundo, aterrador, inexorable,  
Tortura más cruel y despiadada  
Que el castigo terrible que él impone.

¿Quién es el hombre aquél? Pedrarias Dávila,  
Nuevo Gobernador de la colonia,  
Encarnación del mal, fiera taimada  
En cuyo inmundo corazón anidan  
Las pasiones más viles y bastardas:  
La ambición que alimenta el egoísmo,  
La envidia que corroe las entrañas,  
El rencor que la ofensa no perdona,  
El orgullo que aturde y ciega y mata.

¿Quién es la pobre víctima, que llega  
Y sube del patíbulo las gradas?  
Es un joven apuesto y vigoroso,  
Es Vasco Núñez, cuya suerte ingrata  
Un rival desalmado, inicuo, aleve,  
Para hacer su infortunio le depara.

La actitud imponente de la víctima  
Sus celos dobla y su furor exalta.

A la muerte va impávido y sereno,  
En su frente espaciosa se retrata  
La inteligencia que su ser anima;  
Su carácter entero, en su mirada;  
El profundo dolor que su alma siente,  
En el calor de una furtiva lágrima,  
Y el desdén por la vida y por los hombres,  
En la que eleva a Dios, tierna plegaria.

Aureola de gloria le circunda;  
Su nombre es difundido por la fama;  
Consérvanle su amor en la colonia  
Y lloran los soldados su desgracia;  
Mas ni uno solo a provocar se atreve  
La cólera del tigre desbordada.

Cuando el pregón sus crímenes denuncia,  
Y de infame y traidor al Rey lo trata,  
Se oye una voz que grita: ¡Miente! ¡Miente!  
Y una mujer, que el sello de su raza  
En su tostado rostro impreso lleva,  
Hasta las gradas del cadalso avanza;  
Los brazos tiende; con ahogado grito  
¡Perdón! ¡Perdón! entre sollozos clama;  
Pero, al ver levantada la cuchilla,  
Un, ¡ay! desgarrador su pecho exhala;  
Entrambas manos elevando al cielo,  
Cae sobre sí misma desplomada,  
Y, cual si un rayo el corazón le hiriese,  
Su vida, a un tiempo, y su dolor acaban.

Entre la doble fila de soldados  
Sordo rumor, al verla, se levanta;  
Pero de nuevo la señal escuchan  
Y todos tiemblan y sumisos callan.

Desciende airado el vengativo acero;  
Corta de Vasco Núñez la garganta;  
Rueda entre el polvo su cabeza altiva;  
Su egregia, ilustre sangre el suelo empapa,  
Y el alma de aquel mártir se remonta  
Hasta el seno de Dios purificada.

Vasco dejó en el mundo por herencia  
Sus altos hechos, que la historia guarda,  
Y un claro nombre, venerado siempre,

Mientras que dure aquí la raza humana.  
En cambio, el mundo llamará asesino  
Al vengativo y bárbaro Pedrarias,  
Acompañando a su execrable nombre  
Imborrable baldón, eterna infamia.